

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Camilo Robertini, *Érase una vez la Fiat en la Argentina. Una cadena de montaje entre memorias e historias (1964-1980)* (Buenos Aires: Prometeo, 2022).

César Mónaco

Universidad Nacional de General Sarmiento

cesar.monaco@gmail.com

Fecha de recepción: 13/02/2023

Fecha de aprobación: 23/03/2023

De acuerdo a la comparación temática con que se los realice, los estudios sobre obreros y sindicatos en los años setenta pueden considerarse abundantes o limitados en su cantidad, pero lo que resulta indudable es que llevan décadas de producción sostenida. Desde sus comienzos, en los tramos finales de la etapa dictatorial, estos se centraron en las reacciones (o la falta de éstas) tanto de las cúpulas sindicales como de las bases obreras frente a las principales políticas desplegadas por el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. Con sus variaciones, este interés constituyó una matriz que estructuró esta línea de pesquisas y, aunque ya no sea la única, en una buena medida lo sigue haciendo. Claro que esta trayectoria no puede ser tomada como uniforme ni rectilínea, dado que en varias de sus etapas su desarrollo fue dispar y hasta discontinuo, signado por momentos de expansión y otros de reflujo;

como también —y esto no es una cuestión menor— por cierta falta de reflexión sobre los interrogantes propuestos y las categorías aplicadas.

Esta situación comenzó a cambiar a partir de la constitución y el afianzamiento, desde hace un par de décadas, de la historia reciente como campo especial de indagación. En el marco interno, su gestación fue inescindible de un conjunto de acciones estatales de claro impacto en los procesos de justicia tanto como en un régimen de memoria que, a comienzos del siglo XXI y en referencia a esas acciones, comenzó a transmutar de sentidos. Configurada a partir de la observación de los procesos traumáticos de los años setenta, entre otras fuentes o delimitaciones, la historia inmediata empezó a nutrirse del sostenido bagaje teórico-conceptual que habían generado durante décadas los estudios sobre las dictaduras europeas (en particular, los referidos al fascismo italiano, el nazismo alemán y el franquismo español). Esta influencia contribuyó a una complejización de la mirada, que se dio en consonancia a una sostenida expansión de las investigaciones a través de múltiples y variados análisis de caso. Dentro del amplio espectro de la historia social, una de las preguntas legadas que comenzó a avizorar con fuerza fue la de las actitudes sociales. En términos básicos, esta refiere a la exploración de los comportamientos de diferentes actores (clases o subclases) de la sociedad frente a un gobierno dictatorial o autoritario.

Bajo este escenario, el subcampo de los estudios sobre los trabajadores y sus organizaciones gremiales durante los años setenta manifestó una serie de innovaciones en el plano de los intereses, perspectivas y abordajes, impulsada por el acceso a variadas e inéditas fuentes documentales. Así, la vieja pregunta sobre la resistencia obrero-sindical durante la última dictadura fue dejando de lado su simpleza. Se sumió dentro de un conjunto de interrogantes que no hicieron más que enriquecer una temática de por sí clásica. Todo esto a través de innovadoras perspectivas de género y de un mayor interés en las instancias y modalidades represivas (vinculadas muchas de estas con complicidades patronales) y también sobre la incidencia de las organizaciones sindicales dentro de las acciones en extremo coercitivas e ilegales (aplicadas por el aparato estatal), sobre la relación —bajo estos contextos— entre los gremios y sus bases, sobre el vínculo entre obreros y organizaciones armadas y sobre el amplio campo de las memorias obreras. Todo esto en sintonía con una redefinición de la temporalidad que habilitó una comprensión más acabada de los procesos indagados: cada vez más, marzo de 1976 dejó de ser un corte abrupto, en

tanto la etapa inmediata a la vuelta del orden democrático dejó de ser pensada como una contundente vuelta de página.

La mención de este somero panorama de los estudios de los trabajadores en la historia reciente es necesaria para remarcar la relevancia del aporte de *Érase una vez la Fiat en la Argentina. Una cadena de montaje entre memorias e historias (1964-1980)* de Camillo Robertini. Pues esta obra está atravesada por varios de los tópicos señalados como parte de la renovación de este subcampo. A contramano de una parte sustantiva de lo que ha sido el objetivo de esta historiografía, Robertini aborda en su trabajo un colectivo obrero alejado de la combatividad y la resistencia. Por supuesto que esto en sí mismo no es una cualidad. No obstante, sus resultados representan una mayor apertura al conocimiento de los trabajadores en una etapa crucial de la historia argentina. Y esta virtud se ve reforzada a través de la amplitud de lo que podríamos denominar su “objeto”. El núcleo de la investigación son los obreros de la planta FIAT de El Palomar (Buenos Aires), con una mirada atenta a sus actitudes y a sus memorias, sin soslayar la organización sindical que los representaba y la relación de esta con sus bases. Pero, además, el libro incluye el despliegue de una historia empresarial y, a través de ella, de las relaciones entre Argentina e Italia.

Todo este conjunto de intereses se dispone en una secuencia temporal que no remite necesariamente a un taxativo orden cronológico. En efecto, si bien la historia de la FIAT es determinante en el punto de partida (mediados de los años sesenta), el desarrollo estelar del texto se circunscribe a la etapa más álgida de los años setenta que se extiende desde las grandes expresiones de movilización social hasta la sistemática y certera represión iniciada en la segunda mitad de esa década. Su argumento central sostiene que los trabajadores de la planta FIAT del El Palomar, expresamente opuestos a sus compañeros de la ciudad de Córdoba y a otros núcleos combativos de las industrias dinámicas del interior del país, “se integraron al sistema, transformándose en un segmento de la clase trabajadora notoriamente alejado de las dinámicas de conflicto” (p. 12). Durante los años de la última dictadura, esa cualidad se manifestó en una actitud de aceptación hacia el gobierno.

Esta trayectoria, al parecer menos excepcional que la imagen dominante difundida por buena parte de la historiografía obrera dedicada a estos procesos, es explicada por el autor a partir de

la articulación tripartita entre empresa, sindicato y el coyuntural rol del Estado. En ese sentido, otro aporte del estudio de Robertini que debe ser resaltado es que está basado en una variedad de fuentes documentales tanto escritas como orales. Entre éstas, los dos grandes núcleos que sobresalen refieren, por un lado, al archivo empresarial y, por el otro, a un conjunto de entrevistas de alta densidad cualitativa a ex trabajadores de la planta.

El trabajo consta de cinco capítulos que, entrelazados, refuerzan desde diferentes ángulos la ya señalada hipótesis central. El punto de partida es la presencia de la automotriz en Argentina, país que fue, hasta mediados de los setenta, el principal destino de sus inversiones fuera de Italia. La impronta de ese capital, como reconstruye con pericia el autor, llegó a reflejarse en su relación con el poder gubernamental tanto como en los lineamientos organizativos de la planta. Esto quedó sintetizado en lo que se denomina el proyecto político y cultural de la FIAT Concord. Este proyecto es una pieza fundamental en la estructura argumentativa del texto, pues incidió en la conformación de una identidad obrera concreta; una subjetivización que en buena parte de ese colectivo de trabajadores se caracterizó por un marcado grado de despolitización y de rechazo a las expresiones de clase. De aquí que el autor, al hacer foco en el proceso de constitución del cuerpo de trabajadores, refuerce su mirada en lo que entiende como una exitosa cultura católico-fordista difundida por la empresa al interior de la planta. Esta es una instancia clave para entender, según Robertini, una disciplina cotidiana basada en el control patronal y el autocontrol obrero.

Sobre ella se montó un modelo sindical impulsado por la empresa, que estuvo signado por un marcado conservadurismo y posiciones reactivas ante las expresiones del sindicalismo combativo. Esto explicaría la rápida inserción de estos trabajadores, apenas iniciados los años setenta, bajo el reencuadramiento de la Unión Obrera Metalúrgica. Como es sabido, este cambio se produjo a causa de las que fueron entendidas, por parte del poder empresarial, el sindical y el político, como manifestaciones desafiantes y de rebeldía de la fuerza laboral de las plantas de FIAT en Córdoba (y en menor medida en Santa Fe). Robertini señala las continuidades ideológicas que propiciaron ese traspaso gremial y cómo el férreo control obrero por parte de una estructura sindical poderosa consiguió obturar la conflictividad dispersa en el plantel de la planta de El Palomar luego de los sucesos del Cordobazo.

En la segunda mitad del libro, el exhaustivo análisis del autor se posa sobre la memoria de un conjunto de extrabajadores. Aquí, no sólo explora el imaginario de éstos en torno a la empresa y su mencionado proyecto, sino también respecto a la comprensión y recreación que realizan sobre la violencia política, el terrorismo de Estado y otros aspectos sustantivos del contexto histórico. Memorias complejas sobre años de represión y dictadura. Memorias indagadas con una meticulosidad que se expresa en un registro narrativo preciso y en un bagaje teórico adecuado. En el centro de la escena, Robertini resalta los trazos de estas memorias e identidades que llevaron a configurar un grado inocultable de aceptación del régimen militar iniciado en marzo de 1976. Un “sentimiento descolorido”, remarca: “Un consenso no exento de contradicciones, resultado del miedo a perder el trabajo, a ser víctima de la guerrilla, pero también resultante de haber compartido los valores nacionalistas encarnados por la Fuerzas Armadas y un anticomunismo general entre los obreros de la FIAT” (p. 175). Este grado de “aceptación cultural” de la dictadura (concepto de Luisa Passerini que el autor incorpora de forma provechosa) resultaría inescindible de esa identidad obrero-popular no politizada, o por lo menos desvinculada de los preceptos de la izquierda en términos ideológicos. Una cultura “atravesada por la educación nacional, la moral católica, por los discursos repetidos en la familia y por la comunidad, lo que, en última instancia, era el sentido común de la época.” (p. 176).

Este “sentido común de la época” no hace más que extender la pregunta más allá del caso. Constituye una invitación a interrogarnos sobre los grises ocultos de una etapa sobre la que ha avanzado enormemente el conocimiento histórico, pero sobre la que es indudable que aún resta mucho por comprender. De aquí que sea forzoso señalar que el trabajo de Robertini no sólo es enriquecedor por todo lo que aporta, sino además por la apertura a nuevos desafíos sobre la temática. Con el paso de los años y el avance de las investigaciones, hemos comprendido que la acelerada dinámica de activismo político y movilización social que se desplegó a mediados de los años sesenta tuvo impactos diversos en colectivos sociales, en principio, similares o parecidos. Ahora bien, dada esa premisa elemental, cabe preguntarse hasta qué punto se puede seguir pensando el proceso represivo sistemático de la última dictadura como un fenómeno ubicuo y homogéneo. Dicho en términos más claros: si aceptamos como punto de partida la interiorización del terror en el cuerpo social (las pruebas abundan), y vamos en busca de las tonalidades que eso conllevó, ¿hasta

qué punto corremos el riesgo de generalizar el fenómeno si entendemos a éstas como un rasgo necesariamente presente en el entrevistado? Sin buscarlo, y de modo subrepticio, la obra aquí presentada recorre en ciertas oportunidades por el límite de este postulado. Una especie de postulado tácito al trabajar los testimonios: el de la presencia certera de alguna huella de oscuridad perenne en las subjetividades que atravesaron esos años. Esta apreciación, que no mella en modo sustancial el buen análisis de las fuentes orales realizado por el autor, se percibe sobre todo en la última parte del texto, al abordar la época del Proceso de Reorganización Nacional mediante las voces de los trabajadores corrientes.

Dejando de lado esta observación, *Érase una vez la Fiat en la Argentina. Una cadena de montaje entre memorias e historias (1964-1980)* representa un avance significativo en torno a los estudios sobre trabajadores y sindicatos en la historia reciente argentina. Logra ser también una generosa síntesis de actualización en términos de abordajes y preguntas. Un aporte sustantivo que, si bien se circunscribe a un caso específico, nos lleva a alumbrar la complejidad de una etapa y un actor sobre los que aún resta mucho por estudiar.